



CAPÍTULO IV

Historia de la Iglesia protestante.

Asustados los protestantes ortodoxos del progreso de las nuevas doctrinas y de la influencia que iba ejerciendo en la instrucción popular, después de los escritos de Bahrdt, concertaron sus esfuerzos para atajar el mal. Fundaron primero una sociedad para la propagación de la que ellos llaman sana doctrina, bajo la presidencia del pastor Urlsperges, en Augsburgo, más adelante en Basilea (1775), y luego otra en el Haya (1786) para la defensa de la religión. La censura prohibió en Sajonia las cartas de Krug acerca de la perceptibilidad de la religión revelada, y los escritos en que Eck pretende explicar por medio de causas naturales los milagros del nuevo testamento. Federico Guillermo II de Prusia, á instancias de su ministro Wöllner, tomó una medida más decisiva para la defensa del protestantismo evangélico, promulgando un edicto de religión (9 de Julio de 1788) contra la filosofía del siglo siempre que se le predicase al pueblo desde el púlpito. En 1790, se llegó á mandar á los consistorios que no nombraran ningun candidato sospechoso de enseñar errores acerca de las verdades fundamentales del cristianismo y que no adoptara el catecismo nacional. Habiendo sido asociados á Wöllner, para la ejecución de estas órdenes, el pastor Hermes y el profesor

Hilmer, de Breslau, se formó en el consistorio superior de Berlín una junta de exámen, que exigía una declaración por escrito, en el sentido predicho, á todos los pastores, profesores y maestros de escuela, antes de entrar en el ejercicio de sus funciones. El edicto fué criticado; encontró mucha oposición, y provocó numerosos escritos. Especialmente el proceso y la destitución del pastor Schulz, de Gielsdorf (1791), produjeron extraordinaria sensación. Las obras publicadas con este motivo versaban particularmente acerca del valor obligatorio de los símbolos y el derecho de los príncipes en materias religiosas. Pero apenas hubo subido al trono Federico Guillermo III (1797), suprimió la junta de exámen, y declaró que no echaría mano de ningun medio obligatorio en los asuntos de religión.

Partiendo Kant (m. 1804) de un punto de vista enteramente distinto, se había declarado, por su parte, contra la teología superficial de su siglo, y particularmente contra la debilitación del principio moral. Constituyéndose desde luego adversario de la filosofía popular de Steinbart, que no hacía de la virtud más que un simple medio de bienestar, quiso devolver al principio moral su verdadero valor. Sus trabajos llegaron á ser el punto de partida y la base fi-

losófica de casi todos los teólogos racionalistas de la Alemania. Después de haber procurado establecer, en su «crítica de la razón pura», que la razón del hombre es impotente para demostrar de una manera apodictica (*evidente*) las más altas verdades, de acuerdo, en este punto, con Lutero y demás reformadores, que todos habían sentido la impotencia absoluta de la razón teórica, admite Kant, en su «crítica de la razón práctica», la conciencia moral como la verdadera base de la convicción, que podemos adquirir, de la realidad objetiva de una ley moral suprema y de un bien soberano, término del cumplimiento de esta ley. En su obra titulada: «De la religión en los límites de la razón», aplica á la religión y á la Iglesia cristiana su teoría religiosa, exclusivamente fundada en la filosofía moral, prescindiendo de toda metafísica. A sus ojos no es la religión más que un auxiliar de la moral, y el cristianismo una simple escuela de costumbres.

La razón práctica es la fuente única de la religión, así como la interpretación posible es, no la interpretación dogmática, sino la moral, llamada así, porque la sola explicación generalmente valedera, es la que se conforma con las verdades morales fundadas en razón. La razón teórica, atacada de este modo por Kant, no se creyó batida ni vencida; protestó enérgicamente, y Jacobi (m. 1819), fué su vigoroso intérprete. Diametralmente opuesta á la de Kant, la filosofía de Jacobi parte de una revelación inmediata é interior de la razón, á la cual declara como fuente única de la ciencia de las cosas divinas. Jacobi, y más adelante Fries, con su teoría de las ideas estéticas, que guarda un término medio entre el sistema de Kant y el del mismo Jacobi, ejercieron cierta influencia en la teología. Sin embargo, á las ideas de Kant se refiere, como á su verdadero origen, el sistema teológico que, desde Reinhard, ha tomado el nombre de racionalismo, y que no admite como ley única y suprema más que la razón, ó las intuiciones generales y lógicas del simple sentido común, consideradas como una revelación natural de Dios. El sistema de Kant ha tenido después muchos defensores. Detrás de Eckermann, Teller, Henke y Tieftrunk, han

venido, como apologista popular, Roehr, superintendente general en Weimar; Weigscheider; profesor en Halle, como apologista dogmático, y Paulus, profesor en Jena y luego en Heidelberg, como exegista. Declarándose estos hombres eruditos, pero superficiales, campeones de la ciencia y de la libertad, desdeñando completamente el carácter histórico de la revelación divina, y tratando las santas Escrituras con una ligereza y mala fé insignes, han demostrado más de una vez adonde puede conducir la razón, cuando, en su orgullo, pretende sustituirse sola á toda legítima autoridad. Su racionalismo vulgar y chavacano, que pretende explicarlo todo y no admitir más que lo que es del dominio del sentido común y se explica por sí mismo, quita con esto toda profundidad al cristianismo, y no puede satisfacer ni á la inteligencia, ávida de las verdades que no sufren nunca alteración, ni al alma, ansiosa de más luz que la sola en este mundo. Tratar al cristianismo con semejante ligereza, dice Schelling, lejos de conocerlo, es desconocerlo completamente. «No tienen, añade hablando de los racionalistas modernos, ni fé, ni talento, ni razón, ni piedad; semejantes á aquellos infelices colocados por el Dante en el vestíbulo del infierno, que no son rebeldes ni fieles, pero á quienes el cielo rechaza sin que el infierno quiera recogerlos. Su *saludable* exégesis, su psicología *ilustrada* y su *tolerante* moral, no han dejado al cristianismo ni profundidad especulativa ni certidumbre dogmática. Su divinidad no es más que un hecho que depende de una demostración empírico-histórica, y su doctrina revela un milagro que debe explicarse como los milagros del orden sensible. Y como las cosas divinas no pueden, por su naturaleza, ser reconocidas ni demostradas de una manera empírica, los partidarios del naturalismo tienen razón.»

Las *Horas devotas de Aarau* fueron la más completa expresión de la exégesis racionalista, puesta al alcance de los simples fieles; y la grandísima acogida que tuvieron fué una triste prueba de lo casi universal que se había hecho la indiferencia. Pero no se hizo esperar mucho la reacción, y pronto se opuso al siste-



ma del naturalismo religioso el supernaturalismo, que admite una revelación sobrenatural en las santas Escrituras. Los principales autores y defensores del supernaturalismo, Reinhard (m. 1812), Storr (m. 1805), Schwarz, Schott, Knapp, Tittmann, Hahn, Stendel, y en general la antigua escuela de Tubinga, prestaron á la exégesis cristiana servicios mucho más reales que los racionalistas.

Otros teólogos, como Tzschirneh (m. 1828) y Bretschneider, quisieron conciliar las dos tendencias, pretendiendo que «el racionalismo y el supernaturalismo pueden subsistir perfectamente juntos en la Iglesia protestante;» lo cual supondría necesariamente de su parte la indiferencia en materias dogmáticas. Sin embargo, los sistemas filosóficos de Schelling y de Jacobi, más profundos y animados, ejercieron nuevo influjo en la marcha de los estudios teológicos, cuya dirección había sido ya modificada por Daub, de Wette, y sobre todo por Federico Schleiermacher (m. 1834), autor del sistema del *Sentimiento religioso*. Aun cuando la doctrina de estos teólogos fué generalmente racional, permanecieron en oposición con los racionalistas propiamente dichos, que los acusaban de admitir dogmas evidentemente irracionales y no ser más que unos panteístas enmascarados: «Vosotros pretendéis encontrar la ley suprema en la razón, y todavía no habéis podido decirnos lo que la razón es y cómo funciona respecto de la religión.» Convirtieron á su partido á Twisten, de Berlín, y á Carlos Hase, de Jena, en el que se hizo sentir el influjo de Fries, así como más adelante se vió más positivamente el de Hegel en los tratados dogmáticos, de Marheineke, profesor en Berlín, y de Daub, muerto antes en Heidelberg. Se aplaudían estos que la filosofía hegeliana, cuya terminología tiene un colorido bíblico, admitiera y enseñara: «que la religión es en sí misma lo que hay de más importante; que el fin de toda sabiduría es conocerla en su esencia, y que la religión cristiana tiene en su constitución eclesiástica una significación histórica y universal más profundas que los racionalistas creen.» De modo que ¡cosa extraordinaria! se había llegado á desconocer el cristianismo hasta

tal punto, que se creía encontrar un verdadero espíritu en un sistema que, como el de Hegel, ve en Dios la razón impersonal, no adquiriendo la conciencia de sí misma más que en el espíritu del hombre, que destruye la libertad divina y humana precipitando á la humanidad desde las inefables claridades del Evangelio en las tinieblas del paganismo, evoca de este caos, como árbitro supremo de todas las cosas, la ciega necesidad (*ánagchē*).

La oposición de la doctrina hegeliana con el cristianismo se manifestó más claramente después de la muerte de Hegel. Dividieronse sus discípulos en dos partidos, uno de los cuales negó positivamente los hechos de la Historia santa y sostuvo la doctrina de la muerte eterna, mientras el otro defendía ciertas verdades religiosas como expresiones del sentimiento de Hegel.

De esta suerte alejándose los partidos cada vez más de la verdad cristiana y de las legítimas fuentes eclesiásticas, de pronto se vió surgir, osado y presuntuoso, el partido de la *Jóven Alemania*, que hizo del error hegeliano sobre el desarrollo sucesivo de Dios en la historia, una especie de teoría social y revolucionaria, y, enseñando el más grosero panteísmo, predicó en oposición al espiritualismo cristiano la emancipación de la carne. Atacado, y pronto vencido, este partido materialista cedió el puesto á otros discípulos de Hegel, que se crearon un órgano periódico en el Anuario de Halle y el Anuario alemán (1840), enseñando con su espantosa lógica una doctrina análoga á la teología de Strauss, que se levanta soberbia y terrible sobre las pretendidas ruinas del cristianismo, destruido, según ellos para siempre.

Sin hacer ningún caso Semler de la doctrina de la Iglesia, introdujo, el primero, la libre interpretación en el estudio de las santas escrituras. Fomentando este método por el espíritu de la filosofía moderna, se fué produciendo sucesivamente en las obras de Griesbach (desde 1785) y de Lachmann (desde 1841); pero sobre todo en las varias introducciones al estudio del antiguo y del nuevo testamento, que atacaron con extraordinaria ligereza y exagerada crítica la



autenticidad de un gran número de libros santos, y trataron en particular muy mal el antiguo testamento. Guerike defendió los libros del nuevo, atacados principalmente en la introducción de De Wette; y otro tanto hicieron Hengstember y Hœuernick con diferentes pasajes del antiguo. La lucha llegó á animarse tanto entre Krummacher y Paniel de Brema (1841), y se publicó á la sazón un folleto que atacaba y pretendía arruinar tan completamente todo el valor del antiguo testamento, que el gran rabino Hirsch creyó deber salir á combatir las aserciones de los enemigos de la Biblia y defender á Moisés y los profetas. Por su parte, Winer y Fritsche, aprovechándose de los trabajos filológicos más recientes, trataron de defender la Biblia contra la exégesis cada vez más arbitraria de la época, mientras que Lucke, Usteri y Buckert se esforzaban en explicar y justificar las ideas bíblicas, exponiendo el conjunto de las santas escrituras. En estos debates ganó mucho la exégesis en formalidad y verdad, gracias á las ilustraciones que Lucke, Tholuck y Olshausen buscaron en los padres de la Iglesia, y á las pruebas que fué proporcionando el conocimiento más profundo del texto original. Pero, por otra parte, un discípulo de Hegel, Strauss, de Tubinga, llevó á ejemplo de Gfrærer, la crítica histórica hasta sus últimos límites en su «Vida de Jesús,» que convierte todos los hechos del nuevo testamento en una serie de mitos. Esta historia, ó más bien esta repentina é inesperada negación de la vida de Jesucristo, escrita con deslumbrante dialéctica y apoyada en argumentos ya viejos, sacados en su mayor parte del arsenal del frívolo Edelmann (*Edelmannus redvivus*, p. 385, n.º 2), conmovió á los más grandes teólogos de su tiempo y les puso la pluma en la mano para la defensa del Cristo histórico. No todos sus esfuerzos fueron felices, ni sus argumentos de un valor irrefragable; y Bruno Bauer, profesor privado de la facultad de teología de Bonn, se creyó autorizado para negar la historia evangélica hasta sus últimos fundamentos. Empezábase á temer que esta enseñanza subversiva de todo cristianismo ejerciera funesta influencia sobre el pueblo todavía creyente, cuando

la pública oposición que encontró el nombramiento del Dr. Strauss para la cátedra de dogmática cristiana de Zurich, le obligó á dejar la universidad de esta ciudad, poniendo así fin al triste papel que estaba representando hacia algún tiempo.

Por lo demás, la misma doctrina de Strauss parece ser el término de las herejías relativas á Jesucristo; pues es probado que nada nuevo puede decirse ya sobre este punto. Los argumentos de este filósofo, que no contienen absolutamente nada original, no hacen más que repetir las aserciones, ya muy antiguas, del judío Filon acerca del Cristo y del Verbo, de manera que el ciclo de las herejías viene á terminar como empezó hace diez y ocho siglos.

En efecto, si resumimos las principales proposiciones de la nueva escuela hegeliana, tales como las hallamos desarrolladas, bajo las más diversas formas, en los Anales de Halle y en los Anales alemanes, veremos que consisten en decir: La misión de la Iglesia protestante es desarraigar la fé en el cristianismo evangélico. Lutero no fué más que el precursor del grande Hegel. El protestantismo puede existir sin la Biblia, envejecida ya hace mucho tiempo y atestada de errores sobre las cuestiones más importantes de la vida, y puede, con el auxilio de la ciencia y de la civilización, reemplazar eficazmente toda disciplina moral.

Esta franqueza de la nueva escuela hegeliana merece sin duda el reconocimiento de todos cuantos buscan formalmente la verdad y la colocan mucho más alta que la primitiva escuela de Hegel, que, como su fundador, envolvía sus creencias en las formas de una aparente ortodoxia, y hasta solicitaba la protección de las autoridades de las Iglesias protestantes. Lo que la hace aún más meritoria es la rapidez con que Feuerbach y Bruno Bauer sucedieron á Strauss, y sustituyeron, en el dominio de la política social, la proclamación de la pura democracia y la preparación al comunismo y al liberalismo viejo y gastado. De aquí en adelante nadie puede desconocer ya las tendencias de la escuela; en su programa de 1843, al criticar el viejo liberalismo, ella misma ha declarado que se trata, para el porvenir, de arran-



car el pueblo de las ilusiones sobre que descansa actualmente nuestra vida política y religiosa, de poner en movimiento á las masas, de cambiar la Iglesia en escuela, de organizar una verdadera educacion popular, de destruir la organizacion militar, de enseñar al pueblo á gobernarse por sí mismo y hacerse justicia, de arrancar el mundo germánico de la muerte y asegurar su porvenir dándole la conciencia de su libertad; en una palabra, trasformando el liberalismo en pura democracia.

A pesar de todo, la antigua fé y las primitivas tradiciones cristianas, con tanta violencia atacadas, tan formalmente negadas y tan tristemente arruinadas en la mayor parte, sobrevivieron en Inglaterra, la América del Norte y Alemania, en algunas familias que se reunian en conventículos. La erudita y romántica poesia de los dos Schlegel y de Tieck despertaron en muchos alemanes el deseo de la piedad de la Edad Media; y la voz de Schleiermacher, resonando á lo léjos, en medio de las desdichas de la patria, reanimó en los corazones el sentimiento religioso, así como el jubileo, celebrado el año tercentésimo de la reforma luterana, habia recordado al pueblo alemán, devuelto á la independencia, la piedad de sus antepasados. De este modo se fué preparando, contra el racionalismo dominante, la reaccion místico-pietista, que al principio se formó ó dejó ver en pequeños conventículos, se propagó por medio de pequeños tratados, y encontró, desde 1827, un órgano público y elocuente en la *Gaceta evangélica* de Berlin. Tomando sucesivamente al pié de la letra todos los puntos de la doctrina de Lutero, el partido pietista, de una piedad más aparente que real, pero de una tolerancia positiva digna del mismo Lutero, se constituyó defensor de la ortodoxia, declaró sospechosas y heréticas todas las tendencias de los teólogos protestantes que no pensaban como ella, y se lamentó de ellas como de una triste aberracion del verdadero cristianismo, como si no fuera ridículo el papel de una secta tan protestante como las otras, que quiere de esta manera sobreponerse á las demas. Los pietistas, sin embargo, han contribuido á reanimar la vida interior en muchas almas, y luchando con los ra-

cionalistas, y procurando, aunque en vano, echarlos de las cátedras de teología, han combatido por la causa del cristianismo. Mas en esto, como siempre, al mismo tiempo que se fueron formando piadosos conventículos á pesar de la oposicion de las autoridades civiles, en la Prusia oriental, por ejemplo, se renovaron los desórdenes de casi todas las sectas de los primeros tiempos, las cuales, despues de haber empezado con un extremado rigor, cayeron, al fin, en deplorables desconciertos.

A pesar de la divergencia tan marcada de los principios y los dogmas fundamentales, soñaban todavía los protestantes en unirse. La casa real de Prusia fué la que principalmente, en tres ocasiones distintas, desde 1798 á 1817, de aquí á 1829, y en lo sucesivo, intentó realizar la fusion de las dos iglesias protestantes. Una orden del Gabinete del 18 de Julio de 1798 expresó la confianza de reunir las dos confesiones en una misma liturgia, no obstante la diferencia de las doctrinas, cuyo proyecto hicieron abortar los acontecimientos políticos y la formal oposicion de los teólogos. Un edicto soberano, disponiendo la celebracion del jubileo de la reforma en 1817, dirigido á todos los consistorios, sínodos y superintendentes, pretendió que la union estaba en el pensamiento de los reformadores y en el espíritu del protestantismo. «No se trata, decia, de trasformar la Iglesia reformada en Iglesia luterana, ni á ésta en aquélla, sino de fundir las dos en una Iglesia evangélica renovada en el espíritu de su fundador.» Aun cuando no se encontrara una fórmula bastante indiferente para abrazar, sin destruirlas, creencias opuestas, la union se fué propagando poco á poco del clero de Berlin al Wurtemberg (1820), el país de Baden (1821) y la Baviera rhiniana (1819). El rey Federico Guillelmo III publicó una liturgia para la capilla real y la de la catedral, y se recomendó en general su adopcion, de modo que, segun atestiguan una orden del Gabinete de 25 de Mayo de 1825, de las 7.782 iglesias la habian admitido 5.343. Pero pronto fué atacada esta liturgia con pretexto de que la política se habia mezclado en las cosas de la Iglesia, y que su forma y su contenido eran muy anticuados y



sabian demasiado á catolicismo. Suscitóse entonces una animada discusion; los unos pretendian que la union debia ser resultado del tiempo y no obra arbitraria de la voluntad de los hombres, y los otros, recordando la diferencia subsistente de los dogmas de la Cena y de la predestinacion, llamaban á esta union un acto exterior superficial, y fundado en la hueca y frágil base de la indiferencia. Sin embargo, por algun tiempo cesó la disputa, de resultas de una revision de la liturgia que apareció en 1828, con modificaciones apoyadas en particularidades locales para la Pomerania, el Brandeburgo, la Sajonia y la Silesia.

Puede considerarse esta reaccion contra el ensayo de union bajo un doble punto de vista: 1.º como una reaccion contra la indiferencia y la incredulidad en la iglesia protestante en general, y 2.º como una reaccion contra el proyecto de union de las dos iglesias. Nicolás Harms, teólogo conocido por su celo y elocuencia, publicó, cuando el jubileo de la Reforma, 95 tesis que renovaban la doctrina de la corrupcion del hombre, y de la fe como único medio de salvarse; contenian amargas quejas contra la indiferencia religiosa del mundo protestante, é insistian en la necesidad de conservar la doctrina de Lutero. La 75 se declara contra la union. «Se quisiera enriquecer la iglesia luterana, como á una pobre criada, por medio de un matrimonio. ¡Ah! no paseis ese contrato por encima de la tumba donde descansan las cenizas de Lutero, porque se levantan de ella, y entonces ¡desdichados de vosotros.»

El dinamarqués Grundtvig, que desde 1825 estaba trabajando con sus publicaciones teológicas en la restauracion del luteranismo, se metió con el profesor Clausen en una disputa que siguió hasta el año 1834, se convirtió en un motivo de persecucion contra este último, y agitó extraordinariamente á las iglesias protestantes de Alemania. La disputa pública sostenida en Leipzig, en 1828, por Hahn, que queria arrojar de la iglesia á los racionalistas y los ataques que la *Gaceta evangélica* dió á Gesenio y Weigscheider, alborotaron mucho los ánimos, y encarnizaron más la lucha, sin

dar ningun resultado decisivo. La reaccion del luteranismo contra la union y la liturgia tiene algo de más local. Scheibel de Breslau se declaró, en 1830, contra la union, y se vió apoyado por gran número de protestantes que eran de su dictámen, lo cual no impidió que, despues de haber opuesto gran resistencia á las órdenes del consistorio, fuera suspendido y abandonado (1832, m. en Nuremberg, 1843). Guerike, de Halle, pastor luterano ortodoxo, y ejerciendo habitualmente en su casa el culto divino conforme á los ritos de su comunión, fué asimismo destituido de su cargo en 1835 y reinstalado en 1840, precisamente cuando empezaba, con Rudelbach, sus publicaciones periódicas sobre la religion y la Iglesia protestantes, y no parecia estar dispuesto á retroceder en sus principios. En Silesia, el pastor de Honigern, Koelner, viendo que iba á ser suspendido (11 de Setiembre de 1834), confió la administracion de su iglesia á cuarenta diputados, los cuales poniéndose al frente de la comunidad, fueron en procesion con toda ella, y cantando y orando, á la Iglesia, la que se vieron obligados, por decirlo así, á abrir por fuerza los soldados. En 1840, Wehrhan, pastor de Kunitz, cerca de Liegnitz, fué por los mismos motivos destituido y reinstalado, gracias á la intervencion de Hahn.

Aun cuando todas estas discusiones y contradicciones hayan servido para manifestar nobles y piadosos sentimientos, y exciten por esto mismo el interés del historiador, no es ménos deplorable el ver las tristes consecuencias que acarrea la conducta tiránica de las autoridades, tan contraria á los pretendidos principios de libertad y de exámen del protestantismo. La inutilidad de la tentativa de union, abandonada en general por los que estaban encargados de llevarla á cabo, no ha impedido otro ensayo más reciente, bosquejado ya (en 1704-13) entre la Prusia y la Inglaterra, en cuya virtud los dos gobiernos han creado de comun acuerdo el obispado anglo-prusiano de Santiago de Jerusalem (1841), medida que, segun dicen, ha sido más bien política que religiosa.

El jubileo de la reforma, la tesis de Harms,